

# REGISTRO

del Eco del Norte.

T. 1.º)

Trujillo Sabado 14 de Abril de 1838.

(N. 77.)

Se publica Miercoles y Sabado de cada semana.

## EXTERIOR.

### Cuestion Chilena.

#### DOCUMENTO INTERESANTE.

Defensa de los Tratados de Paz de Paucarpata, por Antonio José de Irisarri, hecha en Arequipa el 20 de Enero de 1838.

(CONTINUACION.)

El artículo décimo, que determina el modo en que deben pagarse los intereses de la deuda peruana, está estrictamente conforme con los principios de equidad y de justicia, por que ni Chile recibiría perjuicio en la demora, ni a la Confederacion le seria difícil verificar el pago de aquellos intereses en la forma estipulada; y por otra parte, este modo de pagar está de acuerdo con la transaccion que celebró Chile con el Perú, cuando la primera de estas repúblicas cedió a la segunda aquella parte del imperio contratado en Londres. A lo menos, así se me ha hecho entender en Chile por personas que deben estar impuestas en el negocio. El Gobierno no me dió instruccion alguna sobre la materia.

El artículo un décimo trata del reembolso que debe hacer el Perú a Chile por los intereses que esta última república ha pagado ya a los prestamistas de Londres sobre la cantidad cedida al Perú. Estos intereses que Chile ya pagó, son muy distintos de los que habla el artículo décimo, por que aquellos son los que no ha pagado, y debería pagar con la cantidad que la confederacion le diese oportunamente. Estos son los que la Confederacion debía satisfacer por tercias partes, dando un tercio de su valor total cada seis meses y comenzando a contarse el primer plazo desde la fecha de la ratificacion del tratado de paz por el Gobierno de Chile. Todo esto es muy claro para hombres que son capaces de entender algo, aunque no puedan entenderlo, por falta de inteligencia ó por soberbia de malicia, los editores del *Cura Mourdes* y el autor de *Juicio sobre los tratados de paz de Paucarpata*, que parece que no escriben con otro objeto que el de desacreditar los talentos y la prensa de Chile.

El artículo duodécimo está manifestando un triunfo no pequeño de los negociadores de Chile en el tratado de paz de Paucarpata. El Gobierno de la Confederacion ofrece no hacer cargo alguno por su conducta política a los individuos del territorio que ha ocupado el ejército de Chile, y considera a los peruanos que han venido en dicho ejército como si no hubiesen venido. Solo tengo que decir sobre este artículo que el Gobierno de la Confederacion no ha podido ser mas exacto de lo que ha sido en el cumplimiento de lo que ofreció; y yo deseo que la falta de ratificacion del tratado por el Gobierno de Chile y la continuacion de las hostilidades por parte de este Gobierno no se tengan por bastantes causas para dejar de cumplir en esta parte con lo ofrecido en el tratado. Ahora debe hacerse por magnanimidad y por amor a los individuos de nuestra especie lo que antes era obligatorio por una estipulacion. Muestre el Gobierno de la Confederacion que es digno de mandar a los pueblos confederados

por su humanidad y su clemencia.

El artículo decimotercero, que es el último del tratado, pone el cumplimiento de aquel bajo la garantia de su Magestad Britanica, cuya acquiescencia debía solicitarse por ambos Gobiernos contratantes. ¿Podria desearse, por ventura, una garantia mas segura, mas poderosa, mas eficaz, que la del Gobierno Ingles, que se ha tratado tan empeñado en el restablecimiento de la paz interrumpida entre Chile y las Repúblicas que componen la Confederacion Perú-Boliviana? Por parte de Chile no me parece que, considerada la cuestion politicamente, no podia desearse mas, por que la respetabilidad del garante no dejaba lugar a temor alguno, por fundado que pudiese ser así como por parte del Jeneral Santa Cruz no podia darse mayor prueba de la sinceridad con que se comprometia a guardar la paz con todas sus estipulaciones, que ofreciendo aquella garantia.

Creo que he demostrado que el tratado de paz de Paucarpata, ni ofende en nada a los verdaderos intereses, ni a la Gloria de Chile, y que ha arreglado mi conducta en este negocio a los principios jeneralmente recibidos en el mundo civilizado. Creo que he probado tambien que este era el mejor tratado que podia hacerse, aun en el caso en que nuestras armas hubiesen sido las mas poderosas; porque nunca hai derecho para exigir del mas débil cosas que no deben exigirse. La exaltacion de las pasiones no es la política. La amistad no es la justicia.

Hai personas en Chile que no esperaban menos del Jeneral Blanco que el que destruyese en una batalla el ejército de la Confederacion; pero no es culpa mia el que haya sido imposible el hacerlo. Otros mas moderados se hubieran contentado con obligar al Jeneral Santa Cruz a disminuir su ejército, y a tener menos marina que Chile; pero estos, como aquellos, no han observado que un ejército de menos de tres mil hombres no puede hacer lo que haria uno de diez. Esto es por lo que respecta al hecho, que por lo que respecta al derecho todavia hai mayor dificultad. A los mas moderados les diré lo que sobre estas exageradas pretensiones han dicho todos los publicistas, y mejor que todos ellos el Comendador Pinheiro Ferreira: "Es necesario, abstenerse de exigir de nuestro adversario, cualquier que sea el estado de abatimiento a que lo hayamos reducido, condiciones inutilmente humillantes, sobre todo cuanto estas son contrarias a los derechos mas evidentes de la defensa natural, ó de la soberania y de la independencia de las naciones. Tales son las de no construir fortalezas sobre tal ó tal punto de sus fronteras; de reducir á un cierto número fijo sus ejércitos y sus escuadras; de no admitir sino un número determinado de fuerzas extranjeras en sus Estados; de no entrar en tal ó tal suerte de estipulaciones con otras Potencias; de hacer tal ó tal mudanza en sus instituciones, et cetera. Semejantes condiciones, a mas de tener la gran desventaja de irritar a toda la nacion, y de hacer a su propio Gobierno despreciable a sus ojos, tienen por infalible resultado el odio general contra los autores de tal humillacion. Estando todo el mundo interesado en eludir semejantes condiciones no acaba de ellas el Gobierno que las ha impuesto, sino la vergüenza de su liberalidad. En cuanto al cumplimiento de las condiciones mismas, hai que observar que como han sido arrancadas solo por la fuerza, y contratadas fuera de los poderes concedidos al Gobierno, que ha sido el mismo forzado a pasar bajo las condiciones caudinas, solo la fuerza es capaz de obtener la ejecucion. Cesando la fuerza, nada habra en el mundo que sea capaz de persuadir a la nacion vencida que está obligada a cumplir con los empeños a que se le arrojó por



“a fuerza, y que nadie tenia derecho de exigir de su “parte.” [22]

Los políticos que deseaban que se consiguiesen en el Perú estas ventajas contra el Jeneral Santa-Cruz, creyeron sin duda que el orgullo nacional de los peruanos y de los Bolivianos seria de distinta naturaleza del de los demas hombres del mundo, y que por esto quedarían las doncellas muy contentas con los extranjeros que habían venido a imponer en su pais la lei mas dura que se puede imponer a cualquier pueblo. Ellos pueden creer lo que mejor les parezca; pero lo que yo se, por lo que he visto y oido a los menos amigos del Jeneral Santa-Cruz, es que si el ejército de Chile hubiera tenido la desgracia de vencer, hubiera pagado tal vez mas cara su victoria, que lo que podia costarle la derrota. Estamos ya otra vez en guerra; y Dios no quiera que llegue el caso de adquirir el desengancho a mucha costa. A mi me seria tanto mas sensible cualquier contraste que Chile padeciese, cuanto estoy mas convencido cada dia de que esta republica no tenia necesidad alguna de comprometer sus intereses a la azarosa suerte de las armas.

Para persuadir de esta verdad a los que no han persuadido todavia las razones que dejo expuestas en el curso de este escrito, entré a hacer la defensa de la conducta militar del Jeneral Blanco, en la que se verá que las cosas de la guerra son de mucha peor naturaleza que las de la politica; y que no siempre pueden hacerse en el campo las hazañas que se dibujan en el gabinete. Estos dibujos se hacen como se quieren, di poniendo del tiempo, del lugar, de los accidentes, y de todas las circunstancias; pero aquellas hazañas, antes de poderse realizar, se ven frustradas por mil contratiempos, por mil dificultades insuperables, que no entran en los calculos alegres de los que las dibujaron.

Cuando se le dió al Jeneral Blanco el mando del ejército, y se le encargó con el de a comision de deshacer la Confederacion Peru-Boliviana, ó cuando menos, de reducir al Jeneral Santa Cruz a dejar el mando de esta Confederacion, se contaba con que este ejército tendria muy pronto dobladas sus fuerzas con la recluta que nos daria la opinion de los pueblos del Perú, y el influjo poderoso de los peruanos que nos acompañaban. Se contaba tambien con que el entusiasmo de estos pueblos por nuestra causa nos facilitaria cuanto era necesario para el mantenimiento del ejército y su movilidad. Se contaba al mismo tiempo con la cooperacion de los Argentinos, que por lo menos debian entretener en Bolivia la tercera parte de las fuerzas de la Confederacion. Se contaba, en fin, con que el disgusto que debian tener los jefes y oficiales peruanos de los cuerpos que servian al Jeneral Santa Cruz, haria que algunos de aquellos cuerpos, cuando no fuesen todos, se pasarian a nosotros en la primera oportunidad. Este plan de campaña era admirable, y nada habia mas facil, ni mas seguro que una victoria decisiva a los pocos dias que pisásemos el territorio del Perú. De otro modo habiera sido la mayor temeridad del mundo el enviar tres mil chilenos a combatir contra las fuerzas y la opinion del Perú y Bolivia.

Nuestra llegada a las costas del Perú, y nuestra marcha hasta Arequipa no podian contradecir todavia las esperanzas que tratamos de hacer una campaña brillante, antes bien todo contribuia a alimentar estas esperanzas. Los pueblos en que entramos nos recibieron mejor que lo que podiamos esperar; pero la buena acogida que nos hicieron estos pueblos no debió servirnos de una prueba del entusiasmo jeneral en nuestro favor, por que no era prudente considerar a las costas poblaciones de la costa como el barómetro de la opinion de todo el pais. Los pueblos chicos, alejados del centro de las relaciones, y que se mantienen en una especie de aislamiento muy parecido a la independencia, se ocupan poco de la politica, y no piensan mas que en sus propias necesidades. Arequipa era la primera ciudad del Perú ocupada por el ejército de Chile, que podia darnos idea de las disposiciones de los Peruanos en favor de las empresas chilenas.

Para los que, como yo, veian esta ciudad la primera vez no era facil calcular la emigracion que habia causado nuestra venida. Se veia en las calles muy poca jente de comodidades, y en las casas principales no se hallaban mas que señoras; pero se decia que los hombres de estas casas vendrian luego; que estaban en sus quintas, ó en sus casas de campo; y que los tales hombres de las quintas nunca llegarán. La jente del pueblo, y especialmente las mujeres regalaban a nuestros soldados, y estos regalos se interpretaban como efecto de la opinion politica de la poblacion, que nos era favorable; pero esta conducta, que podia ser obra sola de la humanidad, podia en muchas jentes ser tambien el pretexto para la seducción. Lo cierto es que nos trocamos con nosotros a tener desertores, y que no se reemplazaban otras bajas de nuestro ejército, ni las causadas por la mortalidad con soldados del pais. Tres ó

cuatro veces quiso el Jeneral Castilla, Prefecto del Departamento, reunir la jente de este pueblo para firmar la guardia civica, y jamas consiguió otra cosa que disgustar a la poblacion, causar la emigracion de muchos, y hacer que se ocultase el resto.

Asi vimos despues de algunos dias que no debiamos contar con otra fuerza que a que tubiese el ejército traído de Chile. Este quedó reducido al poco tiempo de nuestra llegada a Arequipa a menos de tres mil hombres, y de aquella fuerza llegamos a tener en el hospital mas de trescientas plazas fuera de estado de servicio. Pero esto no era lo mas critico de nuestra situacion, sino que este corto ejército tenia en esta ciudad un enemigo mas terrible que el Jeneral Santa-Cruz, y este enemigo era la escasez de la manutencion.

Cuando en todo tiempo se ha dado al soldado peruano un diario de dos reales para su rancho, por que la carestia del pais no permite hacerlo con menos, a nuestra tropa se le daba un real, y este real mismo no se le daba siempre; siendo preciso que todos los dias, y a todas las horas del dia anduviesen en viajes los ayudantes de los cuerpos de la casa del Prefecto a la del tesorero, y a la del Jeneral en Jefe, en solicitud de los diarios. No hubo vez que yo entrase a la habitacion de este Jeneral, ni al despacho del Señor Pardo, que no oyese reclamos del Jefe del E. M. J. de algun jefe de cuerpo, sobre la falta de rancho de la tropa.

Esta carecia tambien del abrigo necesario para hacer una campaña en tierra fria; gran parte de nuestros soldados no tenian mas vestuario que de brin, y bien se alcanza a entender que no era posible vestirse de paño en donde no daban los recursos lo suficiente para el rancho. Con todo esto, queriendo el Jeneral Blanco desalojar al enemigo de Pucsi y de Puquina si era posible, pidió al Gobierno provisorio que se le aprontasen las raciones y los bagajes necesarios para aquella empresa; pero siempre ofreciéndolo todo, y sin cumplir jamas con las promesas, se llegó el dia de marchar, y no hubo ni el pan suficiente para una comida de la tropa.

Los políticos que desde los cafés de Santiago ó de Valparaiso dan sus batallas, y consiguen sus victorias en los arenales y sobre los cerros escarpados del Perú, sin saber como son estos cerros, ni estos arenales, no quieren perdonar al Jeneral Blanco el haberse quedado en Arequipa cuarenta dias sin pasar adelante. Otros se han tardado cuarenta años en atravesar un desierto. Pero yo di a estos políticos en defensa del Jeneral Blanco lo que Catarina de Rusia contestó a Voltaire, cuando este le manifestó su impaciencia por la tardanza de las tropas rusas en concluir la conquista de Turquía, que hasta hoy está sin conquistarse: “No se puede ir tan aprisa en la guerra “por que es preciso hacer dos comidas al dia, y por que “para hacer estas dos comidas, es necesario encontrar con que hacerlas.” (23) Un ejército en el Perú, lo mismo que en Turquía, necesita asegurar su subsistencia, antes de emprender una marcha por terrenos en que no se encuentra almacenes de viveres, ni las raciones preparadas; y aunque los soldados chilenos han probado en Arequipa que comen menos que los rusos, con todo esto, necesitan siempre algo que comer, y este algo era lo que faltaba para separarse tres ó cuatro leguas del sitio que ocupaban.

Los mismos políticos hacen al Jeneral Blanco el cargo de no haberse retirado de Arequipa antes que el Jeneral Santa Cruz hubiese podido reunir en Paucarpata as fuerzas que reunió. A ese cargo se responde con lo mismo que se ha contestado al primero; pues del mismo modo necesita el soldado de tener su rancho asegurado cuando marcha hacia el poniente, que cuando marcha hacia el levante; del mismo modo necesita cuando se retira, que cuando avanza. El Jeneral Blanco pensó en reembarcarse cuando debia hacerlo, y para ello pidió al Gobierno provisorio que se aprontasen raciones en Uchumayo, en Vitor y en Sigua y que se tubiesen reunidas en Arequipa las mulas y burros necesarios para verificar la retirada. Mediacion de Sabandia, y el armisticio de cuatro dias que se celebró en Moyeballa, tuvo el doble objeto de ver si se podia tratar con el enemigo, y de dar tiempo al Prefecto del Departamento para reunir los medicos de hacer aquella retirada. Yo volví de mi mision despues de cumplido el plazo pedido por el Prefecto; pero el ejer-

(23) *On ne va pas si vite en guerre, parce qu'il faut faire deux repas par jour, et que, pour que cela se fasse il faut avoir ou trouver de quoi -* Correspondance de Voltaire avec les souverains: tome III pag. 432 edit. de Paris, de Legibre Frères, 1834.



cito no habia conseguido todavía lo que necesitaba para retirarse, y esta fue la causa por que no se retiró antes de la reunion de las fuerzas del Protector en Paucarpata.

Tambien se hace al Jeneral Blanco el cargo de no haber exigido él mismo por la fuerza los auxilios que necesitaba, despues que vió que no se los daba la autoridad departamental. Yo contesto a esto que semejante medida habria sido contraria a las instrucciones del Gobierno de Chile, que quiso que el Jeneral se entendiese sobre estos objetos con el Gobierno provisorio, y q' no se causase ningun genero de estorcion por el ejercito a los habitantes del Perú. ¿Pero que habria sacado el Jeneral com emplear la fuerza en busca de lo que no habia de hallar? Sacaria sin duda lo que sacó Salaverry;—El ólio y las hostilidades de un pueblo irritado son objeto. Hubiera obrado en esto el Jeneral contra la advertencia del Comendador Pinheiro Ferreira, que dice que la prudencia, ó el miedo, si se quiere, hace que los ejercitos contemplan a los habitantes para no acarriarse las insurrecciones en masa, accidente al cual saben los ejercitos mas aguerridos que les conviene no esponerse. (24)

Otro cargo que se hace al Jeneral Blanco es el de no haber facilitado al Prefecto la fuerza armada necesaria para sacar las contribuciones. A esto dió por el Jeneral, que no era de ningun modo necesaria la fuerza armada del ejercito de Chile para hacer la requisicion de las contribuciones, para la cual sobra cualquier piquete de la policia, y que el Jeneral debia impedir la diseminacion de sus tropas en partidas cortas, porque este seria el medio de hacer que se aumentase la desercion, que se desmoralizase el ejercito, y que se hiciese odioso al pueblo, —único mal que por entonces no sufría. De este cargo contra el Jeneral, si resulta algo en limpio, solo pueden ser los siguientes corolarios:—primero, que el Gobierno provisorio de Arequipa estaba solo sostenido por la fuerza chilena, sin contar con la opinion del pueblo, que no prestaba ni siquiera el auxilio preciso para organizar la policia:—segundo, q' el tal Gobierno provisorio, tan lejos de ser de alguna utilidad al ejercito chileno, solo le servia de embarazo:—tercero, q' siendo Arequipa el lugar en donde las personas que componian el Gobierno provisorio tenian mas partido, por ser esta la ciudad en q' se hallaban todas sus relaciones, no teniamos que esperar otra cosa mas ventajosa cuando el ejercito pasase a otro punto:—cuarto, que el ejercito de Chile no debia contar con otros auxilios que los que él mismo fuese capaz de proporcionar; y finalmente, que no siendo un ejercito de menos de tres mil hombres suficiente para hacer la conquista del Perú y de Bolivia, se cometió el error mas grande posible en haberle enviado a comprometer los intereses de Chile, fiandose solo en unos calculos de cooperaciones extrañas, ofrecidas por personas apasionadas é imprudentes.

Cuando a estas personas se les hacian por el Jeneral en Jefe, por el Jeneral Aldunate, y por mí los cargos a que eran acreedoras por la falta de los auxilios y cooperacion de los pueblos que ofrecieron en Chile, contestaban que no habian ellos ofrecido nada de positivo, y que tampoco era tiempo de conseguir la cooperacion de nadie, por que todos debian temer el exito de la guerra; q' cuando hubiesemos vencido al enemigo ó cuando estubiesemos en posesion del Cuzco y Puno, entonces se manifestaria el entusiasmo de estos pueblos. Semejantes descargos solo podian recibirse como insultos hechos al buen sentido; pues si nosotros no debiamos contar con la cooperacion ofrecida, sino despues de haber triunfado de todos los obstaculos, ¿de que nos serviría aquella cooperacion? Creo que estos hombres entienden por co-

operar en la guerra el no cometer hostilidades, y gritar viva quien vence despues de conseguida la victoria.

En conclusion, y para que se forme una idea exacta de la posicion en que se hallaba el ejercito de Chile con respecto a los auxilios que debia esperar de los pueblos mas amigos suyos, segun lo que ofrecian algunos de los peruanos que nos acompañaron, referiré el resultado de la expedicion de Chuquibamba, de donde se nos hizo creer que traeríamos cuantas cabalgaduras y ganados necesitaba el ejercito, asegurándonos que nos esperaban allí como a sus redentores. Esta fue la única cosa en que no fuimos engañados, por que recibidos como redentores, debiamos ser crucificados. En efecto, el unico contraste que recibió la expedicion de Chile en toda su campaña fue el q' le proporcionó el entusiasmo y la desicion en nuestro favor del paisanaje chuquibambino. El comandante Espinosa con ciento, veinte soldados nuestros fue enviado por el Jeneral Blanco a apoyar el pronunciamiento de Chuquibamba; pero desde q' el paisanaje de aquella provincia supo que iba fuerza chilena á redimirlo del cautiverio protectoral, le salió al encuentro hasta Huichara, en numero de quinientos hombres armados, que tirotearon durante un dia entero a los redentores. Espinosa a pesar de este recibimiento, siguió su marcha hasta el pueblo de Chuquibamba, forzado la entrada, que defendian doscientos, setenta hombres; pero habiendose posesionado estos, y otros mas que se le reunieron luego, de las alturas del pueblo, tubo que emprender su retirada, por temor de que se reuniera a aquel paisanaje, amigo nuestro, la division del Jeneral Vijil que venia del Norte; y verificó dicha retirada perseguido de los amables chuquibambinos. Por de contado, el Jeneral Blanco no consiguió que tragea Espinosa las mulas, ni los caballos, ni el dinero, ni los ganados, ni los voluntarios que tenian tantos motivos de esperar; pero consiguió un desengaño mas de los que habia recibido sobre la ponderada cooperacion de los pueblos del Perú en la empresa de destruir la Confederacion.

Es preciso, pues, conocer que el ejercito de Chile se hallaba en la posicion mas critica, no por culpa, ni por falta que hubiese cometido el Jeneral Blanco en su conducta militar, sino por la insuficiencia del mismo ejercito para llevar al cabo la empresa a que se le destino. Los errores del calculo que hubo en la formacion de esta expedicion no son imputables al Jeneral Blanco sino a aquellos que contaron con demasiada confianza en una cooperacion popular, que estaba fundada en solo los deseos de los que la aseguraban. No se tubo presente la naturaleza del terreno del Perú, su clima, los obstaculos que presentan a la marcha de los ejercitos los despoblados de la costa, lo crudo de la sierra, lo enfermizo del pais, lo facil que le es al Gobierno el quitar los recursos a su enemigo. Se contó con ver levantarse los pueblos en masa en favor de la causa de Chile: se contó con defecciones de cuerpos enemigos, que no hubo; se contó con victorias de los Argentinos, que no tubieron lugar; se contó con que el pais del Perú era lo mismo que el de Chile, en donde bajo el clima mas templado del mundo, se hallan ganados y graneros en todas partes, mulas, caballos y pastos donde quiera. ¿Que culpa tiene el jeneral Blanco de que las cosas fuesen como fueron y como son?

He oido tambien criticar al jeneral Blanco, por que no envió un batallon al Cuzco y otro a Puno, para hacer que aquellos pueblos se pronunciasen en su favor. Suponiendo que para hacer mover estos batallones no se necesitase de las cosas de que carecíamos, és facil contestar al cargo diciendo: que cuando cuatro batallones y cinco escuadrones no habian sido vastantes para decidir al pueblo de Arequipa a darnos el auxilio de sus brazos, debiamos esperar muy poco del influjo de un bata-

(24) Cours de droit public interne et externe: par le comendeur Silvestre Pinheiro Ferreira, tom. II. part. 1. sec. II. art. VIII § 38.



llon en cada uno de aquellos dos departamentos: y sobre todo, hubiera sido una falta muy notable en el Jeneral el exponer sus batallones en largas distancias a todos los reveses a que estan expuestas en pais enemigo las partes componentes de un ejercito, cuando no se les puede proteger oportunamente. Si este principio del arte de la guerra debe ser observado en todo el mundo, en el Perú, y por un jeneral que mande tropas chilenas no puede jamas ser demasiado atendido, por que las tropas peruanas hacen en un solo día de marcha el camino para el cual necesitan tres dias las chilenas. ¿Como puede hacerse una retirada conveniente con semejante desventaja?

Otro cargo que tambien he oido hacer al Jeneral Blanco, es el de haber venido a Arequipa en lugar de ir al Norte del Peru. Yono secual era la suerte que nos esperaba en el Norte: solo sé que si hubieramos ido allá, y hubiera mos adelantado tampoco como en el Sur, lo que podia suceder sin un milagro, dirian ahora los mismos criticos que aquello habia sucedido por no haber venido al Sur. La verdad que hay en esto es que el Sur y Norte, y el Este y el Oeste, y cualquiera de los otros vientos de la brujula, todos son vientos contrarios para las expediciones militares que se forman sobre datos poco exactos. Ni en el Norte, ni en ninguna otra parte podiamos hallar las ventajas que hallamos en el Sur, por que aqui no habia fuerza alguna que se nos pudiese oponer. La que despues tuvimos al frente se formó de los cuerpos que se hallaban a nuestra llegada a muy largas distancias. Esto es lo mismo que sucedera en cualquier punto del Perú, y esto era lo que creian imposible aquellos que discurren siempre con la voluntad a despecho del entendimiento.

Concluamos, pues, con la defensa del Jeneral Blanco, diciendo que ni el ni su ejercito tienen la culpa de no haber hecho mas que lo que era posible hacer, y que hicieron cuanto podia esperarse de ellos, que fue el dejar bien puesto el honor de las armas chilenas, volviendo a su pais sin sufrir el menor contraste, despues de haber celebrado unos tratados de paz, que ni podian ser mas ventajosos, ni mas equitativos, cuando una victoria completa hubiese coronado a nuestros guerreros. Este jeneral y este ejercito no han llevado a Chile el luto, ni la orfandad, ni las lagrimas ni la desolacion de mil familias, han llevado la paz, que debia haber sido recibida como el mas precioso don que pueden recibir los pueblos, si solo hubieran sido los intereses de estos los que se buscaron en la guerra. Tampoco han dejado en el Perú lastimas que llorar, dolorosos recuerdos, ni el presente funesto de una espantosa guerra civil, que hubiera sido el fruto de sus victorias; si una guerra civil, que debia consumir la ruina de esta parte de la America, y que por una de sus precisas consecuencias habia de causar a Chile perjuicios en su comercio y en el reembolso de su empréstito. ¿Cual será el politico, que teniendo algun conocimiento del estado presente y del pasado de las cosas del Peru, no vea que el trastorno del sistema actual en este pais debe causar la guerra intestina mas desastrosa? La experiencia de lo ocurrido en los gobiernos de los Jenerales, Lamar, Gamarra y Orbegoso, en que se sucedieron unas a otras las conspiraciones y las defecciones mas escandalosas; en que los gobernantes necesitaban estar siempre apercebidos contra los perennes ataques de los ambiciosos, nos promete sin duda alguna la anarquia en este pais, luego que falto aquel hombre que hace acallar las aspiraciones particulares de cien individuos, entre los cuales, no habiendo uno que reuna en su favor la opinion jeneral, no podian hacer entre todos otra cosa que causar eternas inquietudes, y convertir en un permanente campo de batalla el territorio del Perú. ¿Y que estadista que no tenga el alma de un Nerón y la politica de un Maquiavelo dejaria de ha-

cer cuanto le fuese posible para impedir semejante calamidad?

Si toda nacion debe trabajar en la conservacion de las otras, y preservarlas de una ruina funesta en cuanto puede hacerlo, sin comprometerse demasiado, como dice el principe de los publicistas; (25) ¿como podrá justificarse, no digo ya la indiferencia con que se mira la destruccion del vecino, sino el empeño decidido con que se procura esta destruccion? Si con esta conducta se hubiese tratado de hacer a Chile odioso para siempre en el Perú, en Bolivia, en toda la América, y en todo el mundo, no hay duda en que habian acertado los directores de aquel pais en la eleccion de los medios que debian producir aquel funesto resultado. Pero lo mas sensible que hay en esto es, que la nacion sobre la cual recae el odio no es la culpable, aunque sea el instrumento de que se sirven sus conductores para hacer el mal que refluye directamente contra ella. ¿Quien es el ciego que no ve ya en Chile mismo los funestos sintomas del descontento de las naciones Europeas por los males que esta guerra caprichosa acarrea a todo el mundo? ¿Quien es el necio que no conoce que esta politica es la menos conveniente a los intereses del pais? ¿Quien es, en fin, el estúpido que no puede conocer que una nacion se coloca en la posicion mas desventajosa para el arreglo de todos sus negocios, cuando se atrae con su falta de politica la mala voluntad de todas las potencias con quienes está en la necesidad de mantener ciertas relaciones?

Presindamos ahora de todas las consideraciones morales, y no fijemos la vista mas que en el interes que tiene Chile en el comercio del Perú. Este interes solo era bastante poderoso para hacer que un gobierno ilustrado pusiese todos sus conatos en alejar del pais consumidor de los productos chilenos las causas de decadencia, y promover de cuantos modos le fuese posible el incremento de la poblacion y de la riqueza. ¿Ha pensado el gobierno de Chile, por ventura, que empobrecido despoblado é inquieto el Perú, le será mas util a su comercio, que estando rico, bien poblado y tranquilo? Y sino se ha pensado en esto ¿en que es en lo que se ha pensado? Yo creo verdaderamente que en nada de lo que debia pensarse.—Continuará.

## El Registro.

Nuestro deseo por que se concluya quanto antes la reimpression de los documentos tan interesantes que vamos verificando nos privan del gustoso trabajo de reflexionar algo mas sobre la cruzada gamarrana con que han creido asustarnos los Prietos y Comparsa.—Por otra parte nada hemos podido adelantar acerca de noticias de Chile a mas de lo que dijimos en nuestro numero anterior. Reposemos mientras tanto en el jeneral entusiasmo de nuestras tropas y ciudadanos en quienes advertimos impaciencia por la tardanza de los agresores a quienes desean hacer caer de su gravedad tan pronto como se presenten en nuestras costas como sucedió antes con los que la jenerosidad de nuestro Protector quiso dejar salvos.

(25) Vattel, liv. II chap. 15 4.